

en toda Bélgica, los cuales desfilaban atropelladamente por los caminos, entre los destacamentos de las tropas aliadas. El tres de Julio se trasladó el gobierno á Malinas; el nueve se retiró más lejos, primero á Diest, luego á Ruremonde y á Dussefendorf.

En tal estado las cosas no quedaba al débil ejército del duque de York otro partido que retirarse sin perder momento. Donde quiera que los franceses se presentaban, las tropas aliadas cedían casi sin combate. Coburgo ordenó evacuar á Namur, y luego se separó del duque de York, mandando al conde Clerfait que se le incorporase, y dejando al príncipe de Orange unirse á los ingleses. El once de Julio, Jourdan entró en Bruselas, en medio del sombrío silencio de los habitantes, y no tardó en juntársele Pichegru, con dos divisiones del ejército del Norte. Este último, marchó el doce á Malinas, de la que se apoderó el quince, después de un débil ataque y una resistencia más débil aún por parte de los holandeses y heseses. Mientras tanto, Kleber conducía el ala izquierda del ejército del Sambre contra Lovaina, que los austriacos abandonaron casi sin combate, retirándose á Tirlemont. Ahora quedó consumada la separación entre el duque de York y Coburgo: el primero con los ingleses, holandeses y alemanes á sueldo de Inglaterra, se retiró lentamente hacia el Norte, para defender la frontera de Holanda entre el Escalda y Bois-le-Duc; el segundo marchó con las tropas imperiales al Este, situándose sobre el Mosa, entre Ruremonde, Maëstricht y Lieja. Desde el desdichado consejo de guerra del cinco de Julio, el ejército austriaco se había desorganizado: los oficiales hablaban en alta voz de la incapacidad de Coburgo y de la poca importancia que tenía Bélgica, para la monarquía austriaca; los soldados se quejaban de la insuficiencia de los viveres y de la ofensa hecha á sus armas. Siguió á los movimientos que acabamos de referir una suspensión general de hostilidades, quedando toda Bélgica en poder de los franceses.

Estos resultados de la campaña de primavera del noventa y cuatro, en el Norte, fueron muy superiores á los que el Comité de Salvación Pública concibiera al empezarla. Mas no había lugar á envanecerse por ellos; porque no se debieron ni á la bondad de sus planes, ni al talento de sus generales, ni al valor y tesón de sus soldados. Debiéronse, primeramente, á la aplastante superioridad numérica de las masas francesas, que ofrecía en lontananza al Emperador, en lugar de fáciles y brillantes victorias, la pérdida inútil de sus mejores tropas; luego, y sobre todo, á la marcha de los prusianos contra Cracovia, que elevó de repente la cuestión polaca á objeto principal de las preocupaciones y esfuerzos del Austria. Los planes de Carnot y las facultades militares de Pichegru, lejos de contribuir al triunfo, lo habrían comprometido más de una vez gravemente, si Francisco II y Coburgo, no hubiesen neutralizado las faltas de aquellos con las suyas propias.

Favorable á los franceses se mostró también la fortuna en otros puntos del teatro de la guerra. En la Vendée, obtuvo Carnot el mes de Mayo la destitución del brutal é incapaz Torreau, y aplicó al país, mal que pesara á Robespierre, un régimen menos inhumano y

más discreto. Los resultados fueron inmediatos. La insurrección decayó sensiblemente, al punto que pudo distraerse del ejército del Oeste, compuesto de ochenta mil hombres, cinco mil, con destino á los Pirineos, y veinte mil, que se enviaron al Rhin á combatir á los enemigos exteriores. Con este refuerzo, los generales Michaud y Moreau expulsaron á los prusianos de las posiciones que habían conquistado durante el mes de Mayo en el Hardtgebirg, y les tomaron las plazas de Kaiserslautern, Neustadt y Spira. En los Pirineos orientales, el general Dugommier reconquistó de los españoles y portugueses las plazas francesas de que éstos se habían apoderado; mientras que, en el opuesto confin de la cordillera, Moncey tomó las trincheras enemigas de Fuenterrabía y Hernani y puso el pie victorioso en territorio español.

Diverso rumbo siguieron los sucesos en Italia. Verdad es que, inmediatamente después de la toma de Saorgio, el ejército de los Alpes se apoderó sucesivamente de los pasos del pequeño San Bernardo, Cenís y Barricadas, encontrándose con esto, como el ejército del Sur, dueño de la cumbre de los Alpes y pronto á caer sobre Turín; pero no se dió un paso más. En estos instantes, una feliz casualidad puso al gobierno sardo á la pista de la conjuración urdida en su capital; luego, el tratado de Valencienes le proporcionó algunos refuerzos austriacos; por último, á fines de Junio, todo quedó tan tranquilo en aquella parte como cuatro semanas después, en los Países Bajos, por influencia, sin duda, del cambio de relaciones que se estaba efectuando entre el gabinete de Viena y al gobierno francés. Manfrerini regresó á Florencia, y por gestión suya, el Gran Duque envió á Génova al caballero Carletti, el más afecto entre todos sus diplomáticos á Francia, con encargo de dar los primeros pasos para un acomodo entre Toscana y la República. La única potencia que se mantenía hostil á Francia era Inglaterra, la cual, atenta, como siempre, á su negocio, sorprendió á mediados de Junio, con la noticia de que los notables de Córcega habían proclamado á Jorge III rey de la isla. El efecto de esta proclamación fué favorable á la República. En Madrid, en Génova, en Florencia, en todas partes, el recelo que inspiraba el predominio marítimo de Inglaterra aumentó la simpatía que empezaba á sentirse por Francia. Hasta en Viena hubo gran descontento, inclinándose desde este instante Thugut hacia Robespierre más que hacia Pitt.

La lucha se sostuvo también en la mar, donde los desastres de los franceses no fueron tan grandes como era de esperar de la desproporción entre sus fuerzas y las de los ingleses. Verdad es que la Convención había hecho todo lo humanamente posible para reorganizar la flota; pero una marina se improvisa menos aún que un ejército terrestre. La lucha se entabló con motivo de cruzar el Océano, con rumbo á Francia, un importante convoy de trigo y harina, fletado en Santo Domingo y en los Estados-Unidos. Pitt se propuso apresarlos en represalias del daño que habían causado al comercio inglés los corsarios franceses, y para ello, envió al golfo de Gascuña una flota de veintisiete navíos de línea

CAPITULO ALFONSO
 EN LA BIBLIOTECA
 DE LA ACADEMIA DE
 LAS CIENCIAS DE
 MADRID

al mando del almirante Howe. A su vez, el Comité de Salvación pública ordenó á su almirante Villaret-Joyeuse, hacerse á la vela con veintiocho navíos, para salvar el convoy á todo trance. El número de unidades de combate era casi igual por ambas partes. Pero las tripulaciones francesas habían aprendido á maniobrar durante el camino: sus comandantes eran capitanes, ó lugartenientes, ó simples marineros de reciente promoción; y en este respecto ó sea en la calidad, su flota era muy inferior á la inglesa. Con Villaret habíase embarcado el representante Saint-André, el cual supo encender tal fuego en el pecho de aquellos marinos improvisados, que éstos saludaron con entusiastas aclamaciones la aparición de la flota enemiga y pidieron á gritos la batalla. Mas el entusiasmo no puede, y en la guerra marítima menos aun que en la terrestre, suplir á la ciencia. El veintinueve de Mayo se rompió el combate, que la flota francesa sostuvo sin desventaja en todo aquel día. Entonces, Villaret y Saint-André juzgaron conveniente maniobrar al intento de atraer á la flota enemiga lo más lejos posible del camino que había de seguir el convoy. El primero de Julio se reanudó la lucha, en la que una y otra parte hicieron proezas de valor. «Nunca volcán vomitó torrente de fuego» como el navío almirante la *Montaña*, quedando muertos ó heridos la mitad de sus oficiales y trescientos de los tripulantes. Seis de los navíos franceses, que no eran ya, al decir de Saint-André, sino «cascos abismados», cayeron en manos de los ingleses, y otro, el *Vengador*, se fué á pique, dando los pocos de sus tripulantes que quedaban vivos un conmovedor ejemplo de patriotismo. Reunidos en torno del pedazo del palo mayor, clavaron en éste el pabellón tricolor para que no cayese en poder del enemigo, y se hundieron en el abismo gritando «¡Viva la República!» La flota inglesa hubo de retirarse á reparar sus averías, y el convoy pasó, entrando sano y salvo en el puerto de Brest. Fué ésta la batalla naval más empeñada que se había librado desde la de la Hogue, bajo Luis XIV.

Así acabó la campaña de primavera del noventa y cuatro, cuyos resultados pueden resumirse en estos términos: los desastres de principios del noventa y tres, en el Norte, reparados; Bélgica en poder de la República francesa; la frontera pirinaica libre de la invasión española; Holanda é Italia, en fin, abiertas á los ejércitos franceses.



CAPÍTULO DÉCIMO

Dictadura de Robespierre

¡Qué contraste! En las fronteras, todo era patriotismo, nobleza, gloria. Los soldados, descalzos, sin equipo, sin tiendas, sin provisiones, corrían alegres á la lucha, á verter su sangre generosa por la independencia y grandeza de la patria. En París, todo eran egoísmos, rencores, miserias. La delación llenando de inocentes las cárceles; el tribunal revolucionario enviando á carretadas carne humana á la guillotina, y la discordia asomando su lívido rostro en el seno mismo de la Convención y de los comités. Y todas estas negruras, lejos de disiparse, habían engrosado desde la muerte de Dantón, bajo la dictadura de Robespierre. ¡Cómo no! Imposible que diera buenos frutos una dictadura levantada sobre una montaña semejante á la pirámide de noventa mil cabezas humanas que erigiera Tamerlán sobre las ruinas de Bagdad, formada con los cadáveres de las grandes generaciones políticas de la Revolución: en la base, los constituyentes; sobre los constituyentes, los girondinos; sobre los girondinos, los dantonistas. Robespierre había descargado á derecha y á izquierda, contra los verdaderos y los falsos revolucionarios, contra los representantes legítimos de la Revolución y los facciosos que la deshonoraban; había derribado todos los partidos, deshecho todos los grupos. En medio de este gran vacío, adornáranle las más excelsas prendas, y sus esfuerzos hubiesen sido vanos. ¿Qué no había de suceder ahora, si no poseía una sola de las cualidades necesarias para el gobierno de los pueblos? No quiere esto decir que Robespierre fuera una vulgaridad; mas tampoco era un genio, de los que saben dirigirse y dirigir á los demás. Entre los revolucionarios franceses, su talla fué de

BIBLIOTECA ALFONSO XIII